

CAPITULO 1

INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Transcurría el año 1886, precisamente el 8 de enero, cuando el ingeniero químico italiano Roberto Boussa, con pulso febril y azorado por sus hallazgos, le contestaba a Pietro Fino de Carhué una extensa carta, donde le expresaba las características físico-químicas del agua del Lago Epecuén, remitida para sus análisis por el visionario Don Pietro.

Asombraba al químico, la extremada salinización del agua, que superaba con creces la del agua marina en una proporción de diez a uno. Cuantitativamente constató 340 gr. de sales por litro, versus el agua marina con 31,10 gr. por litro; cualitativamente observó 202 gr. de cloruro de sodio, 137 gr. de sulfato de sodio y 1 gr. de carbonato de sodio.

Se consideró la posibilidad de uso comercial y doméstico, pensando en el sulfato de sodio (sal de Glauber) para la industria del vidrio, y en la sal marina (cloruro de sodio) para los saladeros de cur-

tiembres y charqui, principal forma de conservación y almacenamiento de carnes por aquellos tiempos.

El ingreso vía marítima por Puerto de Cádiz, sería la llave para difundir por toda Europa esta prodigiosa y genuina sal de las "Pampas Salvajes".

La enorme distancia, las dificultades de comunicación, el costo de extracción y embalaje con destino a ultramar, posiblemente hicieron desistir de sus quimeras a estos pioneros.

El análisis del Ingeniero Químico Roberto Boussa es el primer estudio serio sobre el Mar de Epecuén, del que se tiene documentación.

Cometeríamos un grave error histórico si no recordásemos a la cultura indígena de nuestras Pampas, cuyo exponente más conspicuo, el Cacique Calfucurá, reconocía empíricamente el poder sanador de esta bendita salina. Por esos tiempos, las heridas cruentas de armas blancas (facones, sables y lanzas) eran el común denominador que afectaba a sus guerreros, en el Mar de Epecuén, bañando a sus heridos y caballos, el cacique encontraba una fuente de salud y la recuperación de la misma.

Las aguas de Epecuén, generosamente iodadas, resultaban antisépticas y bactericidas. Y ésto, sumado a las sales, lograba deterger sus heridas y promover su granulación (forma natural de curación que suple en ocasiones a la sutura quirúrgica),

permitiendo restablecer a los guerreros para nuevas acciones.

Bien conocía el audaz cacique el valor estratégico de su Carahué-Mapú (lugar verde). Tras el duro golpe que le infligió el Gral. Rivas en la batalla de San Carlos (partido de Bolívar - paraje actual de los Cuatro Vientos), ya agonizante, el guerrero recomendó a su heredero e hijo, el Cacique Namun-curá, no entregar el Carahué-Mapú y defenderlo hasta el costo de sus vidas.

Vaya pues este reconocimiento a la sabiduría Indígena, que supo descubrir con la simple observación el poder terapéutico de las aguas del Mar de Epecuén.

En el último cuarto del siglo diecinueve, se logra culminar una lucha de tres centurias, resultando la dominación definitiva del indio. El indígena llevaba tan metido en su piel y sentimiento al Lago Epecuén, que como testimonio nos dejó una bellísima leyenda cuya lectura podremos disfrutar al epilogar este libro.

A ritmo lento pero sostenido, los primitivos asentamientos mejoraron. El transporte y el tráfico se hicieron más fluidos. Nos visitaron nuevas culturas, colonos inmigrantes... y así, de boca en boca y por sucesivos viajeros, se fue acrecentando la fama del Lago Epecuén por el poder curativo de sus aguas.

Vale recordar que en esa era pre-antibiótica,

los procesos mórbidos resultaban hartos frecuentes. Tuberculosis, sífilis, fiebre reumática y sus secuelas, artritis, linfatisms, clorosis, escrófulas, eran patologías que los médicos de entonces debían tratar, no existiendo dudas diagnósticas para eximios galenos, pero sí impotencia terapéutica. El termalismo representó una alternativa valiosa para su época. En algún momento, hasta los ojos de Europa apuntaban al Lago Epecuén.

Un verdadero peregrinaje de dolientes crónicos buscaba en las aguas de Epecuén el alivio para su mal, que la medicina tradicional no podía entregarle.

Si algo le faltaba al prestigio de estas aguas, era el respaldo médico-científico que le llegaría masivamente en el año 1909. El entonces Director del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, Dr. José Tomás Sojo, fue informado del fenómeno médico y social que había despertado una fuente de agua mineral en el sudoeste bonaerense, precisamente cercana a Carhué, partido de Adolfo Alsina, dada a llamarse Lago de Epecuén. Con la intención de obtener provecho para dolientes y desvalidos, se ordenó un estudio oficial que integralmente definiera a sus aguas y clima.

A tal efecto se convocó a profesionales de elite por aquel entonces, llegando a Carhué una verdadera embajada de sanitaristas, biólogos, médicos, químicos, físicos, farmacéuticos y meteorólogos. Esta auténtica pléyade científica estuvo integrada, entre

otros, por el Doctor Silvio Dessy (Profesor de la Facultad de Medicina de Buenos Aires y Director del Instituto Biológico Argentino), el Doctor Fernando Malenchini (Director de Higiene de la Provincia de Buenos Aires y Profesor Titular de La Plata), el Doctor Luis Mosna (Químico y Profesor de la Universidad de La Plata), y el Doctor Justo V. Garat (Ex-Director de Salubridad de la Provincia de Buenos Aires).

Del extenso expediente elevado a Obras Públicas, se merece destacar algunos párrafos del Doctor Silvio Dessy: "La mineralización de estas aguas de Epecuén es casi idéntica a las conocidísimas aguas cloruradas de Salies de Bearn y de Biarritz Biscours (lujos Pirineos), cuyas maravillosas propiedades terapéuticas benefician cada año a millones de enfermos".

Del estudio de los Doctores Malenchini, Mosna y Garat rescatamos: "Las aguas de Epecuén por los cloruros y sulfatos que contienen al mismo tiempo en dosis tan elevadas ocupan el primer lugar entre todas las aguas minerales del mundo, cuya composición química ha sido hasta hoy estudiada y confirmada".

En 1934, con la participación del Doctor Enrique Herrero Duclox (Director de la Escuela de Química y Farmacia de La Plata) y la colaboración del Doctor Pedro Belou y del Doctor Carlos Grau, aplicando métodos de avanzada para la época, se logró precisar con mayor exactitud las característi-

cas físico-químicas del Lago Epecuén, definiéndola como un agua extremadamente mineralizada, clorurada-sulfatada-alcalina sódica-bicarbonatada-iodobromurada.

Con la suma de estos avales médicos científicos, la visita de enfermos de todas las latitudes fue una constante, alcanzando el Lago Epecuén renombre mundial.

